



ROSAURA DE TRUJILLO.

En la que se refiere un lastimoso caso que sucedió á una doncella de la ciudad de Trujillo, á la cual un amante suyo la sacó de su casa engañada con palabra de casamiento, dejándola después en Sierra Morena, y el ejemplar castigo que en él y un primo suyo se ejecuto, como lo verá el curioso lector.

Sobre una alfombra de flores
cercada de hermosas plantas
á donde las avecillas
tienden sus pintadas alas.

Y con su música alegre
al Rey del cielo dan gracias,
en la gran Sierra Morena,
de tantos delitos causa.

Amparo de aquel que ofende,
defensa del que mal anda,
me puse sentado un dia,
cansado de andar á caza.

Arrimado á un juro tronco,
discurriendo en cosas varias,
oí una voz temerosa
que sonaba en la montaña.

Estuve atento por ver
si era de persona humana;
atencion, que así decia
estas siguientes palabras:

—Tirano amor, pues tú has sido
la causa de mi desgracia,
dispara tus duras flechas
contra el que así me maltrata.

Amante falso y traïdor,
¿como me dejas sin causa
en tan terrible miseria,
y de la muerte cercana?

Sacra Virgen del Rosario,
mi princesa y abogada,
alcanzadme me confiese
porque no peligre el alma—

Puse el rostro en la escopeta,
y bien prevenida de balas,
por el eco de la voz
llegué á parar donde estaba.

Ví á una temprana belleza
á un duro tronco amarrada,
desmelenado el cabello,
y de ropas despojada.

Cuando ví tal hermosura,
no pude hablar palabra;
viéndome algo suspenso,
de esta suerte me hablaba:

—Llega, mancebo, y no temas,
que yo soy persona humana,
y mis pecados me tienen
en el sitio en que me hallas.

Desátame y te diré
mi pena, fatiga y ansia,
y tambien los alevosos
que son de mi mal la causa.—

Compadecido el mancebo
un fuerte cuchillo saca,
cortó los gruesos cordeles
que á aquel ángel sujetaban.

Se quitó luego el gaban,
encima se lo arrojaba,
cubriendo sus blancas carnes,
que con el sol se comparan.

Mirando á un lado y á otro
vió estar entre unas matas
la ropa que siempre fué
de aquel desengaño causa.

Que es, como dice el adajio,
que entre los antiguos anda,
que por la jaula conocen
el ave que dentro estaba.

Ella suspira y solloza,

pídiendo al cielo venganza,
y vistiéndose le dije:

—Por Dios, hermosa Diana.

Por la Virgen del Rosario,
que me digas lo que pasa.—
Agradecida responde
estas siguientes palabras:

—Has de saber, noble jóven,
que en Trujillo fuí criada,
hija soy de un caballero
que don Diego se llama.

De Castro por apellido,
que es lo mejor de España;
mi madre es doña Isabel
de Mendoza titulada.

Y por gusto de padrinos
á mí me llaman Rosaura,
tan amada en mis principios
como ahora desgraciada.

Vivia pared en medio,
mas abajo de mi casa,
un hijo de un labrador
de hacienda algo moderada.

Mozo galan y valiente,
hermoso y de lindo traje,
que se llevó mi aficion
y me amó con vigilancia.

Mas como las cualidades
unas con otras no igualan,
tuve lugar una noche
para escribirle una carta.

Dándole á entender por ella
que me saque de mi casa
y que sea con secreto
y con caudalosa maña.

Mas alevoso amante
á un primo cuenta le daba,
suyo, que traïdor infame,
fué causa de mi desgracia.

A los catorce de Agosto
me sacaron de mi casa,
bien prevenida de joyas
y de muy costosas galas.

Como las prendas las ves
que ellas mismas lo señalan;

quince días caminamos
cabales por sus jornadas.

Hasta llegar á este sitio,
encubridor de mi infamia:
aquí los dos demostraron,
con intencion muy dañada.

Para marchitar la rosa,
que de muchos fué envidiada:
aquí me gozaron ambos
¡Jesús que suma desgracia!

Sin temer la justa ira
del Señor, que los miraba:
luego el alevoso primo
dijo que me desnudara.

Así que en carnes me vieron,
entrambas manos me atan,
y él, sacando una pistola
el fuerte muelle levanta.

Para quitarme la vida;
mas mi amante lo estorbaba,
diciendo:—No quiera el cielo,
pues que yo he sido la causa.

De que esta concella pierda
su honor, se haga tal infamia:
aquí la pienso dejar
entre esas espesas matas.

Acompañada de fieras
que por estas breñas pasan,
que ellas le dará la muerte
mal merecida y sin causa.—

Se fueron y me dejaron
Como la flor en la escarcha,
tres dias ha que no como
cosa que me dé sustancia.

Si no de estas amargas yerbas
que con la boca alcanzaba;
esta es mi historia y te pido
te duelas de mi desgracia.

Que me acompañes y lleves
á la ciudad mas cercana,
porque desde allí pretendo
se castigue esta infamia.—

Por la mano la tomó
á una quinta la llevaba
donde les dió de comer

un amigo que allí estaba.

Supo el suceso, y leal
le ofrece con mano franca
su ayuda y un buen caballo,
que mas que el viento volaba.

Y el valor de su persona
para ir con su campaña,
Dispusieron el viaje,
á Córdoba caminaban.

Y en la puerta del Rosario
(donde pretendió dejarla)
le hechó los brazos al cuello,
y de esta suerte le habla:

Adios, y ruega al cielo
que sea tu dicha tanta,
que logres tu buen deseo,
y despues la gloria santa.—

Ella responde:—Mancebo
noble la Virgen te valga,
y tu accion heróica premie
el alto Rey de la Gracia.—

Sentóse en el duro suelo
aquella rosa temprana,
aguardando por minutos
la brisa de la mañana.

Para arrojarle animosa
al intento que llevaba,
fuese á casa D. Francisco
de los Ritos, noble rama.

Y á un criado le pregunta
si está su dueño en casa,
y al punto le respondió:
—Su merced esta en la cama.—

Sin aguardar mas razones,
allá dentro se arrojaba,
y arrimada al blanco lecho
de esta manera le habla:

¡Conocerás, señor mio,
á la que distes el agua

del bautismo allá en Trujillo,
y le pusiste Rosaura?

Has de saber que soy yo
la que nunca se criara,
pues fui la mujer mas fácil
que se ha visto ni se halla,

Por fiarme del amor,
perdido mi honor se halla,
mira bien mi tierna edad,
que de quince años no pasa.

No mireis el mal sarmiento,
sino el árbol donde pasa,
que si bien lo consideras,
cierta será la venganza.

Dos traidores me han robado
sacándome de mi casa,
y me han quitado el honor
en Sierra morena brava.—

Oyendo esto D. Francisco,
de la cama se levanta,
y al punto llama un criado
que un caballo le ensillara.

Y antes de partir dispuso
dejarla depositada
con su hermana en un convento
que de Santa Isabel llaman.

Camina luego a Trujillo,
y un criado le acompaña;
que quiere entrar en secreto
porque no se sepa nada.

Fuése á casa de D. Diego
y alegre le saludaba,
y luego le preguntó
por su querida Rosaura.

Le respondió pensativo
don Diego estas palabras:
—Habrá mas de veinte días
que salió de mi casa.

Sin poder hallar persona
que me diga donde estaba;
siendo en mi un espejo
en que todos se miraban.—

Oyendo esto D. Francisco
sacó del pecho una carta
y á D. Diego se la dió,
que la recibe y abraza.

Y mirando el sobrescrito
de puro gozo lloraba.

porque conoció la letra
de su querida Rosaura.

Mas dentro iba el pesar,
que es cosa muy ordinaria,
que no hay placer sin disgusto
en esta vida humana.

Abrióla y hallando dentro
los alevés que la agraviaron,
al señor Corregidor
del caso cuenta le daba.

Al instante los prendieron
y sustanciaron la causa,
el juez con recta justicia
á muerte les condenaba.

Los meten en la capilla
llorando, y al cielo claman
pidiendo misericordia
á la Virgen soberana.

Los sacaron de la cárcel
por las calles ordinarias,
diciendo:—Esta es la justicia,
que nuestro monarca manda:

Se ejecuta á estos hombres,
pues hicieron tal infamia.—
Llegaron hasta el suplicio
con ánimo y vigilancia.

Subieron á lo alto;
ellos con mortales ansias,
antes de acabar el credo
á Dios entregan sus almas.

Acabado en los caminos
ponen sus cabezas ambas
para ejemplo de atrevidos
y escarmiento al que mal anda.

Luego el noble D. Francisco
se volvió á su amada patria,
y Rosaura en un convento
con ejemplar vida pasa.

Aquí dá fin la historia
de la infeliz Rosaura:
Dios le dé su santa gloria
cuando de esta vida pase.

Es propiedad.

Se halla de venta en casa los sucesores de A. Bosch, calle del Bou de la Plaza Nueva núm. 18

Barcelona.—Imprenta Peninsular, calle del Conde del Asalto, núm. 69.

0494-59560

SLPC. Biblioteca d'Olot



1035057757